

José Domínguez
Ávila

*Un ¡Vale! a El
ingenioso hidalgo don
Quijote de la Mancha
en 2015*

En un programa televisivo en Cuba, el día 26 de enero de 2015, la periodista Magda Recik preguntó a la historiadora doctora Olga Portuondo qué no debe hacerse en la historia. De inmediato la destacada historiadora respondió que la mentira, argumentando sobre el papel de la verdad en la historia. Este es el pensamiento que anima a Cervantes desde su prólogo a la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* hasta el final de la segunda y última parte. A cuatro siglos de distancia de la edición príncipe de su segunda parte, el pensamiento cervantino sobre la verdad de la historia mantiene vigencia teórica y metodológica, enraizada en el pensamiento humanista, del que fuera Cervantes un paradigma.

La conjugación en Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) de profundidad y agudeza de pensamiento con talento artístico, le permitieron crear una obra literaria que, a la vez que es fiel estampa de la España del Renacimiento, es tan universal que ha cabalgado por los siglos, y aún mantiene intacta su calidad artística, y ofrece al lector su disfrute. El español seguramente se reconoce o reconoce su tradición cultural en la lectura de esta novela. El extranjero encuentra el disfrute de la comicidad, inseparable de los sentimientos de bondad y solidaridad, conjuntamente con su estrategia crítica que asoma por aquí y por allá.

Imposible referirse a *El Quijote* sin dirigir alguna reflexión a aquel hombre de «plena pobreza». En palabras del patriota cubano José Martí:

Cervantes es, en el estudio intachable del escritor de Cuba [Enrique José Varona], aquel temprano amigo del hombre que vivió en tiempos aciagos para la libertad y el decoro, y con la dulce tristeza del genio prefirió la vida entre los humildes al adelanto cortesano, y es a la vez deleite de las letras y uno de los caracteres más bellos de la historia.¹

El humanismo de Cervantes tuvo diferentes ingredientes como la bondad y la solidaridad referidas, conjuntamente con su pensamiento democrático. Jean Cassou, en su libro *Cervantes un hombre, una época* resume: «En un siglo que fue de oro, pero también de sangre, Cervantes ignoró, hasta un extremo impresionante, la violencia, la venganza, los placeres de la dominación y la crueldad».²

Y en lo tocante a los sentimientos, Jean Cassou, en el mismo libro, y de manera poética expresa:

Los españoles emplean una palabra encantadora para decir de una persona que tiene gracia. Dicen: «tener ángel». Es una especie de gentileza espiritual y viva, ingenua y advertida a la vez, y a cuyo encanto no es posible resistir. Cervantes tiene ángel (p. 104).

Si con abstracción de sus circunstancias históricas leemos y aceptamos los anteriores juicios no comprenderíamos toda la dimensión humana de aquel hombre sin riquezas, solitario y provisto de un pensamiento humanista contrastante con el predominio escolástico en la dinastía de los Habsburgo en España que, en relación con una red de factores diversos, engendra una crisis a partir de la segunda mitad del siglo XVI, que se continúa hasta la primera mitad del XVII y que finalmente, hacia los años veinte de ese siglo, desemboca en la decadencia. Al respecto, Pierre Vilar se pronuncia en los siguientes términos:

¹ José Martí: «Seis conferencias por Enrique José Varona» en sus *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 120.

² Jean Cassou: *Cervantes un hombre, una época*, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1966, p. 99.

Así, en el declive de una sociedad gastada por la historia, en un país que ha llevado a un punto más extremo sus contradicciones, en el momento en que una crisis aguda descubre sus taras, en que el vividor ocioso, el rentista arruinado, el bandolero seductor, el pordiosero holgazán, recorren calles y caminos, en que el clérigo se nutre de arte puro y el hombre de literatura barata, en aquel momento surge una obra maestra que fija en imágenes el contraste tragicómico entre las superestructuras míticas y la realidad de las relaciones humanas. La obra es un pasatiempo: viejas anécdotas, muecas clásicas. Es también un «pastiche», que sobrepasa a sus altos modelos en cada tema de las artes de evasión. No «pinta» el mundo, sino que, mejor que un tratado erudito, desmonta sus mecanismos: tan inteligentes son cada uno de sus trazos. Y también porque «el alma de este mundo sin alma» es el títere abrumado a golpes y cargado de sueños que, bajo el desgarrado vestido de la honorabilidad de ayer, vive veinte vidas (y un solo amor), defiende el honor, la flaqueza, la amistad, la patria, cautiva a los principios, dirige grandes discursos al mundo. Anacrónico, y por lo tanto ineficaz, pero afirmación de bondad, reserva de simpatía y por lo tanto consoladora garantía para el mañana. Y el viejo mundo, desde el delicado amante de poesía pura hasta aquel a quien amenaza el hombre, se reconoce en la obra y se ama en el héroe. La crisis ha suscitado un intérprete de su talla.³

¡Cuánto de certera caracterización del personaje don Quijote se concentra en la anterior argumentación! Porque don Quijote es la paradoja que encierra los contrarios de pobreza y opulencia utópica, grotesco y sublimidad, cotidianidad sin perspectivas del hidalgo empobrecido e ideales de grandeza, locura en los hechos y cordura en el decir. Es parodia, al fin y al cabo, de estructuras sociales retrógradas en la España del Siglo de Oro, en la que Cervantes supo calar hondo, y con luz larga.

Retomando el tema de la verdad de la historia, vayamos al capítulo IX de la primera parte a fin de adentrarnos en la persistencia del mismo pensamiento en la segunda. Al condenar el narrador, de manera ambigua (uno de los códigos rectores de

³ Pierre Vilar: *El tiempo del Quijote en su crecimiento y desarrollo*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1964, pp. 447-448.

toda la novela) al supuesto autor árabe de la obra (historiador), aparece lo que sigue:

Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio; cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.⁴

El criterio de la verdad continúa sosteniéndose en la segunda parte, que es, entre muchísimas cosas, una especie de ajuste de cuentas de lo narrado en la primera. En su tercer viaje, don Quijote y Sancho van desde La Mancha hasta tierras de Aragón y Cataluña. En Barcelona don Quijote visita una imprenta, fenómeno surgido en este período cultural europeo. Esta extensión geográfica de la salida permite una visión horizontal y vertical de mayor amplitud de la composición sociocultural española en su Siglo de Oro. Ya no es solamente la imagen del campesino pobre, del hidalgo semiarruinado, del ventero, del clero o del intelectual como Sansón Carrasco o del pícaro como Ginés de Pasamonte, sino también del bandolero catalán representado en Roque Guinart, del morisco por medio de Ricote; de la nobleza de primera categoría como los duques, un matrimonio que posee dos castillos en tierras aragonesas y que viven de forma enajenada en unas condiciones de consumidores de la cultura. Estos personajes de la alta nobleza toman a don Quijote y a Sancho como objetos de diversión, sus burlas hacia ellos llegan a veces a la crueldad.

La crisis económica se representa por medio de la aparente opulencia de esta imagen de la alta nobleza a través de las aseveraciones, dirigidas a don Quijote, de la sirvienta de los duques, doña Rodríguez. Su hija ha tenido relaciones amorosas con el hijo de un rico campesino de los alrededores. El Duque no interviene porque, según doña Rodríguez, «como el pa-

⁴ Miguel de Cervantes Saavedra: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 2010, pp. 81-82.

dre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no lo quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo» (p. 310).

En el sistema de imágenes que responden a la «verdad de la historia» en esta segunda parte está la expulsión de los moriscos, representada en el personaje Ricote quien, en el capítulo LIV, cuenta sintéticamente a su amigo Sancho la diáspora a que fueron sometidos él y otros moriscos al ser expulsados, hecho histórico este ocurrido en 1609:

Bien sabes, ¡oh, Sancho Panza, vecino y amigo mío!, cómo el pregón y bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros; a lo menos en mí lo puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos (pp. 351-352).

Por supuesto, Cervantes fue lo suficientemente conocedor de la censura impuesta por el poder político y clerical de su contexto. No por hipocresía, sino por estrategia de pensamiento, confiere a Ricote palabras justificativas con respecto a la decisión monárquica: «Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar» (p. 252). Esto último, que puede generar diferentes lecturas, conduce al cuestionamiento de tal hecho histórico, contemplado en diferentes textos de historia de España como el de la profesora de Historia de España de la Universidad de La Habana, Dra. Áurea Matilde Fernández en su *Breve Historia de España*.⁵

Imágenes como las que se han mostrado justifican las aseveraciones del personaje don Quijote en su diálogo con Sancho y el bachiller Sansón Carrasco en el capítulo III de esta segunda parte. Desde la cordura reflexiva del hidalgo Alonso Quijano que prepara su tercera y última salida, convertido en el caballero andante dispuesto al combate en favor de la justicia, «las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no

⁵ Sobre la España de los Habsburgo o Austrias puede consultarse el libro de Antonio Domínguez Ortiz: *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1971.

hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio lo pinta, ni tan prudente Ulises como lo describe Homero» (p. 30). Quien estas líneas escribe está convencido de que esto puede ser suscrito por un historiador o una historiadora actual, desde un pensamiento dialéctico.

Desde otras imágenes puede ser justipreciada la inmortal novela cervantina, atendiendo a su visión de la literatura como representación de la realidad. En su diálogo con el sedentario hidalgo don Diego de Miranda, el Caballero del verde gabán, como lo denomina don Quijote, este último razona:

Sea, pues, la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuestra merced deje caminar a su hijo por donde su estrella lo llama; que siendo él tan buen estudiante como debe ser, y habiendo ya subido felizmente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá a la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así lo adornan, honran y engrandecen como las mitras a los obispos, o como las garnachas a los peritos jurisconsultos. Riña vuestra merced a su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguelo, y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábelo; porque lícito es al poeta escribir contra la envidia y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna [...] la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos [...] (p. 109).

Estimación por la palabra y su imbricación con el pensamiento, sentimientos y ética forman parte de un pensamiento humanista que se ha pronunciado a lo largo de la obra por la separación entre lo divino y lo humano, y también por la lucha. En toda esta hermosa arquitectura verbal no solamente el lector encuentra fuente de riqueza en don Quijote; también Sancho es fuente de aprendizaje y de recreación para el lector, desde su inagotable refranero, propio de la cultura popular, hasta su ejemplo de dignidad al renunciar al gobierno de la ficcional ínsula Barataria:

Yo no nací para gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de entender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. [...] Vuestras mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas (pp. 346-347).

Es una acción de la dignidad del hombre de pueblo la de Sancho, en la que se trasluce la crítica cervantina a la corrupción política y administrativa.

Suficientemente conocido, por todo el que haya puesto sus ojos en esta segunda parte de la obra, es el vencimiento de don Quijote, en un acto de engaño en el capítulo LXIV, por el Caballero de la Blanca Luna, quien en realidad es Sansón Carrasco. Es uno de los dos golpes de muerte trascendentales dados a la utopía de don Quijote. El otro fue asestado por Sancho en el capítulo X de esta segunda parte al pretender que don Quijote creyera que una rústica labradora montada en su burro o burra era Dulcinea. Don Quijote, que percibe la realidad tal cual es, reacciona expresando: «Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres» (p. 74).

En ese juego dialéctico que Cervantes produce con las transformaciones y entrecruzamientos de sus dos personajes protagónicos, don Quijote, finalmente, en el capítulo LXXIII, a la entrada de su aldea ante la imagen de una liebre perseguida por dos muchachos escucha a uno de ellos decir: «No te canses, Periquillo; que no la has de ver en todos los días de tu vida». Esto es interpretado por el desencantado Caballero de manera alegórica. No verá a Dulcinea. Es un adjudicar al personaje femenino referido el símbolo de la utopía mítica en el poder de los Habsburgo. Muere aquí don Quijote para volver a la realidad Alonso Quijano. Ese es el recorrido argumental de esta caleidoscópica novela española llamada a no envejecer jamás y que ha provocado una enorme bibliografía sobre ella.

Un posible título para este artículo hubiera podido ser la aseveración de Alejo Carpentier en su discurso de agradecimiento al recibir el Premio de Literatura en Lengua Castellana «Miguel de Cervantes: «No tuvo España mejor embajador, a lo largo de los siglos, que don Quijote de la Mancha [...]».⁶ En camino hacia la síntesis, acudamos a juicios carpenterianos sobre la vigencia de *El Quijote* en su discurso de agradecimiento:

Todo está ya en Cervantes. Todo lo que hará la perdurabilidad de muchas novelas futuras: el enciclopedismo, el sentido de la historia, la sátira social, la caricatura junto a la poesía, y hasta la crítica literaria, allí donde el cura del escrutinio famoso parece haberlo leído todo, y el mismo Ginés de Pasamonte, a ratos perdidos de ladrón, escribe sus memorias. Y el novelista, impaciente por hablar en primera persona, se introduce dentro de su propia obra, en el octavo capítulo, al pasar la narración a un tercero por un sorprendente proceso de «suspenso» cinematográfico-novelista novelado, alguacil alguacilado... Y, en cuanto a forma, el Quijote se nos presenta como una serie de geniales variaciones a base de un tema inicial, en trabajo parecido al de las variaciones musicales inventadas por el maestro Antonio de Cabezón, el organista ciego e inspirado vihuelista de Felipe II, que fue el creador de esa técnica fundamental del arte sonoro (pp. 560-561).

Lo que comenta Alejo Carpentier corresponde a la aglomeración de motivos y recursos del lenguaje en el barroco, que en Cervantes unió visión crítica de su contexto sociocultural a lo placentero de la comicidad.

Continuando con la visión sobre *El Quijote* de la intelectualidad cubana, ha de reconocerse que, hasta estos momentos, la más profunda estudiosa en Cuba de la obra cervantina, en especial de *El Quijote*, fue la ensayista, poeta y profesora universitaria Mirta Aguirre. En un ensayo suyo, «Un hombre a través

⁶ Alejo Carpentier: «Cervantes en el alba de hoy», en José Antonio Baujín, Haydée Arango, Julián Ramil, Leonardo Sarría (Compiladores): *Del donoso y grande escrutinio del cervantismo en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005. (Es una voluminosa antología compuesta por ensayos, obras de ficción y testimonios gráficos cubanos en celebración del cuarto centenario de la edición príncipe de la primera parte de *El Quijote*).

de su obra: Miguel de Cervantes Saavedra» con el que ganó un premio, escribió poéticamente, a partir de la posible ruta de Sancho al morir Alonso Quijano:

¿Cómo? ¿Cuándo? Miguel de Cervantes no lo avizora, ni a pesar de ser tan grande inventor de fantasías puede sospecharlo. Él nace en 1547 y muere en 1616 y no sabe leer en los astros las señales de los tiempos futuros. Pero cree en el mañana, y sabe que lo mismo que tiene que ser enterrado don Quijote, para que los viejos sueños desaparezcan, Sancho ha de sobrevivir. Porque ya en los días en que él escribe, en el escenario de España – del mundo – Don Quijote es un ocaso y Sancho un sendero. Crepúsculo y amanecer, tumba y nacimiento, despedida y arribo, fluir perpetuo y eterno renovarse de todo lo que vive (En *Del donoso y grande escrutinio...*, p. 673).

En su continuo amanecer y fluir perpetuo, *El Quijote* ha sido no solamente fuente de inspiración para la novelística moderna, sino también inspiración para la lucha épica emancipadora como lo ilustra la tan conocida aseveración «otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante». Deviene don Quijote símbolo del combate guerrillero en la tan divulgada carta de despedida a sus padres de Ernesto Guevara.

Ante tal monumento de la cultura universal en un país caribeño en el que, al triunfar en 1959 un proceso revolucionario, la primera obra a publicar fue *El Quijote*, quitar horas al sueño para reflexionar sobre ella (empleando la forma verbal popular con que Cervantes culmina su novela), «vale».